



JOANES DE URBIETA,

LEYENDA HISTÓRICA

POR

ANTONIO PEREZ RIOJA.

BILBAO:

IMPRESA DEL IRURAC-BAT.—VICTOR, 1.

[1863.]



360921

ANTONIO PEREZ RIOLA



A mi buen amigo
Don Agustin Rodriguez Vaamonde.





A mi buen amigo
Don Agustín Rodríguez Vamonde.



JOANES DE URBIETA

I.

EL VIAJERO.

El siglo XV corría, cuando bajaba el sendero de la cuesta de Arlaban, un apuesto y joven mancebo.

Lo seguro de sus pasos, el robusto de sus miembros, su aventajada estatura y su bien formado cuerpo, dejaban bien conocer que aquel gallardo viajero estaba ya acostumbrado á trabajos mas violentos que andar á pié una jornada sin fatiga y sin esfuerzo.



De cuando en cuando la vista
fijaba en el firmamento
tornando luego los ojos
de lágrimas casi llenos
que enjugaba con su mano
hacia un apartado pueblo
que conforme caminaba
lo iba dejando mas lejos.

Con un ¡ay! que le salía
de lo profundo del pecho
volvía á emprender la marcha
con rostro mas placentero
aquel jóven caminante
vestido como un labriego
aunque de buen continente
y además de caballero.

Era grande su tristeza
y mayor su sentimiento
al dejar abandonado
su querido hogar paterno;
aquel hogár hendeido
donde sus años corrieron
tranquilos cual la corriente
del Uruméa sereno
que baña las verdes vegas
de aquel pintoresco suelo.

Trabajando desde niño
como su padre y su abuelo

y regando aquellos campos
con sudor de sus cabellos,
había vivido el mozo
hasta entonces satisfecho
sin anhelar otros goces
ni esperar mejores tiempos.

Mas quiso el cielo que un día
se presentara en el pueblo
contando sus aventuras
un Soldado aventurero
que en Alemania y en Flandes
había la guerra hecho.

Oyéndole tanta hazaña
y tan valerosos hechos
cautivóse nuestro mozo
de los gloriosos sucesos
que relataba orgulloso
el veterano guerrero.

Y el mancebo desde entonces
otro mundo viendo abrió
empezó á soñar grandezas
y á sentir grandes deseos
de vestir una armadura
y manejar un acero.

Y el arado que solía
empuñarlo sin tormento
se le volvía pesado
y enojoso con estremo.



Su corazón que sentía
hervir de ambiciones lleno
palpitaba al evocar
del soldado los recuerdos.

Y ya no pudiendo mas
resistir á los ensueños
de glorias y de esperanzas
que le forjaba su anhelo
se decidió á abandonar
cuante formó su contento
y á trocar la paz del campo
por las guerras y el estruendo.

Y allá vá á buscar fortuna
el ambicioso mancebo
que no puede ya vivir
como un oscuro labriego.

Llorando quedan sus padres
y de desconsuelo llenos
al ver que su hijo querido
vá á vivir ausente de ellos.

Tan honrados como pobres
no le dán más que consejos
y un bendito relicario
que le cuelgan en el pecho.

Aquí quedan sus amores
lleno el corazón de duelo
y amigos que le despiden
dándole un abrazo estrecho.

Y allá vá por la montaña
el animoso viajero.

con el llanto en la mejilla
y la esperanza en el pecho.

Ya dejó las verdes lomas
de tomillos y romeros
que embalsaman la campiña
del vascongado terreno.

Y camina presuroso
por el castellano suelo
donde el ruido de las armas
se percibe fuerte y hueco.

Dios se la depare buena
al jóven aventurero
que á hacer fortuna en la guerra.
vá confiado y sereno.

Si no le falta fortuna
como no le falta alientos
con la ayuda del Dios Marte
serán sabidos sus hechos.

II.

MOTIVOS DE GUERRA.

Ocupa el trono en Castilla
Carlos primero de España
que además de esta corona



se ciñe la de Alemania.

Poderoso cual ninguno
el emperador monarca
es temido y respetado
por las naciones estrañas.

Su vecino el rey Francisco
que dicta leyes en Francia
que tambien aspiró al sólio
que ocupa Carlos el de Austria,
es el rival declarado
del monarca que nos manda.

Envidioso el rey francés
de las glorias del de España
cuya grandeza sostienen
por todas partes sus armas
y en cuyos estados nunca
se oculta el sol como es fama,
se ha empeñado en humillar
del flamenco la arrogancia
y á guisa de conseguirlo
busca ocasion de humillarla.

Pretendé un pariente suyo
la corona de Navarra
y á ayudarlo el rey Francisco
con su hueste se prepara.

Entra en Pamplona el francés
y hasta Logroño adelanta
confiado en que el flamenco

envuelto entonces andaba
con los buenos comuneros
que libertades buscaban.

Pero el gran emperador
pronto acude á la demanda
donde el rey y su pariente
insolentados le llaman.
Y los derrota y des'aca
y los persigue hasta Francia
y despues cumple el designio
de hacerlos salir de Italia
y hasta allí en la Francia misma
para guerrear se adelanta
y pone sitio á Marsella
donde la suerte le falta.

Con pesár vuelven los tercios
al rey francés las espaldas
y hácia Italia se dirigen
á dar descanso á sus armas.

Francisco el rey-caballero
corre tras ellos á Italia
y pone cerco á Pavia
jurando entrar en la plaza.

Mas ¡ay! ignora sin duda
que Antonio Lelva se llama
el valiente capitan
que á los de Pavia manda.

No sabe que con su gente.



—12—

viene el marqués de Pescara
desde Lodi destrozando
cuanto por delante halla.

De furia lleno el francés
cuando sabe la matanza
que de sus soldados hacen
un mensagero le manda
al general español
citándole a la batalla
y ofreciéndole dinero
para que á batirse salga.

Pero el bizarro marqués
admite el reto y encarga
al mensagero que diga
a su engreído monarca
que se guarde los escudos
por si luego le hacen falta
para pagar el rescate
por su corona de Francia.

Así citóse el momento
de la grandiosa batalla
que en espectacion el mundo
con ánsia y temor aguarda.

Y en breve vá á decidirse
la suerte de los monarcas
Francisco el rey caballero
y Carlos el de Alemania.

Vése allí entre los soldados

—13—

ardiendo en cólera y rabia
el mancebo que salió
de la tierra vascongada
para buscar en la guerra
las grandezas que soñaba.

Al frente de su escuadron
no vá D. Hugo Moncada
jefe y protector de Urbleta
cuando se alistó en las armas.

El valiente capitán
cautivo en otra campaña
por el marqués de Saluzo
llora su estrella menguada.

Por eso Urbleta ha jurado
que en la próxima batalla
no dejará francés vivo
si á su capitán no halla.

III.

LA BATALLA DE PAVIA.

En los campos de Italia el sol despunta
bañando de oro y de color brillante
azules lagos, y campiñas ricas
que el sol envuelve en ardoroso trage.

A su reflejo numeroso grupo
de guerreros se ven adelantarse



hacia Pavía donde el bravo Leiva
aprestos grandes de defensa hace.

A encontrarse con él viene otra tropa
que si en número no es tan formidable
los mosquetes enseña y los cañones
que oyeron retumbár Orán y Flandes.

Ya se aproximan las guerreras huestes
y en sangüinaria lid van á empeñarse,
y cada jefe á su escuadron arenga
para que entre con furia en el combate.

Francisco el rey francés allá se mira
rodeado de príncipes y grandes
que siguen á su rey sinó contentos
honrados por llevar al rey delante,

El duque de Alençon y la Paliza,
el bravo Bonnivét el almirante,
de Borgoña el virey, con otros muchos
valientes y aguerridos generales.

Colocados al frente de su tropa
arremeten al grupo de imperiales
que valerosos al francés aguardan
el alma llena de feróz corage.

La antipatía nacional y el odio
en que españoles y franceses arden
se vé pintado en la terrible lucha
con que unos y otros sin cesar combaten.

Ya se escucha gritar victoria, Francia!
ya dejan las trincheras los gendarmes

y recogen la vieja artillería
que abandonan las tropas imperiales.

Orgullosa el francés con la embestida
que obligó al español á concentrarse
denonado se arroja á campo abierto
seguido de sus Suizos y alemanes.

Mas Pescara está allí, gritando alrado,

«Vamos leones á matar el hambre
que de gloria teneis, ya que se ofrecen
á haceros ganar honra esos cobardes.»

Y los leones de España se avalanzan
con noble empuje y esforzado arranque,
y dejan en el campo ensangrentado
tendidos enemigos á millares.

Y el duque de Borbon que á Cárlos sirve
y Alarcon y Lannoy, fieros combaten
y cual nube preñada se descargan
encima de franceses y alemanes.

Y Leiva que febril, calenturiento
en una silla sus soldados traen
desde la puerta de la plaza misma
retroceder á los contrarios hace.

Una horrible feroz carnicería
solo se mira allí; los hombres caen
cual las espigas del granado trigo
que arranca el segador en prietos haces.

Los bravos montañeses de Guipúzcoa
se miran valerosos deslizarse

y los guerreros del opuesto bando
á su certera puntería caen.

Al lado de su rey se arremolinan
de Francisco los bravos capitanes
y al lado de su rey todos secumben
ó el polvo muerden que tiñó su sangre.

Todos aquellos generosos nobles
que al rey francés le rodeaban antes,
todos cayeron, sin quedar mas que uno
para contar tan desgraciado trance.

El duque de Alenzón toma la fuga
arrastrando los pocos que aun combaten;
mas el rey caballero fiero allenta
y jura antes morir que retirarse.

De arcabuceros denonada carga
al caballo del rey le hace doblarse,
y en tierra tocó el rey desventurado
demudado de cólera el semblante.

Soberano infeliz, rey valeroso
allí revuelto entre los suyos cae,
y al mirarse en el suelo le sonroja
de su poder el presuntuoso alarde.

De entre las filas que al francés vencieron
joven soldado con arrojo sale
y al pecho del monarca valeroso
la punta toca de su rojo sable.

Rendios, grita el atrevido mozo
al rey de Francia que á sus plantas yace

de rabia ardiendo al contemplar su vida
en manos de un soldado miserable.

—Yo no me rindo á ti, sino á tu amo
dice el monarca que sintió el ultrage
yo soy el rey, y si te doy mi espada
es español para con ella honrarte.

El bravo montañés que en la refriega
pruebas dió mil de que batirse sabe
al escuchar al prisionero régio
de cuanto era capáz quiso mostrarse.

Y tomando la espada del monarca
después de respetuoso arrodillarse
dióle la suya al generoso joven
acompañada de galanas frases:

»Tomad Señor, que bien no me parece
desarmado mirar un rey tan grande
delante de un soldado tan pequeño
á quien la suerte aquí dió lo bastante.

Sorprendido el francés tendió la mano
y díosela á besar con risa afable
al visón soldado que sabía
mostrarse tan cumplido en este lance.

Tal la batalla fué donde nuestro héroe
supo de gloria y galardón llenarse
haciendo que su nombre oscurecido
de Italia hasta su patria resonase.

IV.

EL POETA.

El mundo entre sombras
envuelto está ya
y cubre el espacio
oscuro antifáz.

La pálida luna
mecléndose está
velada entre nubes
que enturbian su fáz.

Del astro nocturno
la luz designál
se esparce en los montes
el llano y el mar.

Y en tanto la noche
sombria ya vá
cruzando callada
con lento rodár.

Tan solo se miran
allá en la ciudad
que cerca se tiende
mil luces brillár.

La vasta llanura
que miró horas ha
batalla sangrienta

y vió agonizar
á tantos valientes
lanzando triste ¡ay!
en calma está envuelta
en paz está ya.

Y solo las risas
y el torpe cantar
que el aire en sus alas
recoje de allá
ó el ronco graznido
de grajo infernal
que ansioso de sangre
acorde á chupár
del muerto guerrero
la livida fáz.

Estorban la calma
viniendo á turbar
del páramo triste
la paz sepulcrál.

Peregrino solitario
en el campo apareció
y en el suelo su figura
negra sombra dibujó.

Silencioso se adelanta
caminando sin temor
entre muerto á que su paso



—20—

te tendidos en montón.

En su rostro enviejecida
se retrata cruel dolor
al notar que no respiran
los que mira en derredor.

Fervoroso eleva el triste
hasta el cielo una oración
por las almas que llegaron
á presencia de su Dios.

Y despues sigue el camino
recojido en su dolor
y á Pávia se dirige
donde se alza hondo rumor.

La mente exaltada
bulliéndole inquieta
al pobre poeta
le incita á soñar.

De Dios el destello
que luce en su mente
la lumbré arder siente
la mira brillar.

Los muertos que observa
en torno tendidos
hermanos perdidos
que acoje el Señor.

Las risas que envuelven
los pliegues del vientro

—21—

trayendo el concento
de fiesta de amor.

De allá la alegría
bañada en locura
de aquí la tristura
que causa dolor.

Al pobre viajero
el alma conmueven
y sus labios beben
del llanto el licor.

Y llora y se aleja
mirando á la altura
y luego murmura
sentida oración.

Mas bella esperanza
su pecho alimenta
que calma y allenta
su inmensa aflicción.

Cegados los hombres
sembrando van muerte
y lleva el más fuerte
el triunfo á su grey.

Se ódian, no miran
que Dios bendadoso
impuso pladoso
de amor santa ley.

Cercano está el día
que asidas las manos



mirándose hermanos
su error pasará.....

Así lector dijo
el triste poeta,
¿será ó no profeta?
¡ay! si lo será.

V.

LA FIESTA DEL TRIUNFO.

En una plaza anchurosa
del día en celebridad
se mira alegre y gozosa
la gente de la ciudad.

Bajo doseles de flores
que besa la brisa riente
entibiando el puro ambiente
con balsámicos olores.

En mesas ricas, brillantes
que hieren los turbios ojos
con la luz de los cambiantes
que forman los vidrios rojos.

Arrullados con los sonos
de regalada armonía
y con alegres canciones
de encendida fantasía.

Se vén cien bravos guerreros

que á Marte dando al olvido
hiciéronse prisioneros
del Dios Baco y de Cupido.

Basurto el guerrero fuerte
que en la ensangrentada liza,
le dió con su espada muerte
al señor de *La Paliza*.

El intrépido *Salcedo*
que la batalla empezó
y otros guerreros de pró
que riñeron con denuedo.

Todos en bella cancion
libando suaves licores
ensanchan su corazon
entre vino y entre amores.

Baten la palma nervuda
que en roja sangre tiñeron
en la batalla sañuda
en que al contrario vencieron.

Y los brindis que se entonan
y los hurras que se dán
por la campiña pregonan
á quien dirigidos ván.

De un soldado el nombre llena
el espacio de continuo
y *Urbieto* el eco resuena
en la orilla del Tesino.

Las más graciosas mujeres

de la bella Lombardía
disfrutan de los placeres
de la bulliciosa orgía.

Y en tanto que al héroe elevan
sus valientes compañeros
y en justo triunfo lo llevan
sobre los hombros ligeros.

Asociándose también
al gozo de los soldados
adornan ellas su sien
con laureles perfumados.

Y ni el aroma de gloria
que en su frente se condensa
y la dulce dicha intensa
por su hazaña tan notoria.

Ni las mujeres hermosas
que rodean al doncél
como á la flor del vergel
envuelven las mariposas.

Ni los febriles antojos
de tentador devaneo
ó de incitante deseo
que ellas pintan en su ojos.
ni los blanquísimos cuellos
ni los senos palpitantes
ni las bocas suspirantes
que vierten de amor destellos.

Ni los compañeros fieles

que Urbietta en su torno mira
ni la gloria que respira
ni el fausto de sus laureles.

Ni el dulce sopór del vino
consejero de querellas,
le alegría más que las bellas
ni le hace perder el tino.

Nada al mancebo le incita
ni le produce contento
porque un negro sufrimiento
se lo estorba ó se lo quita.

Y los soldados en tanto
al chocár de los cristales
vierten licór á raudales
y entonan báquico canto.

¡Viva España! alegres gritan
los bravos aventureros
y las mujeres imitan
los hurras de los guerreros.

Y al valeroso Pescara
y á su gran emperador,
entre brindis y algazara
los aclaman con ardor.

Y los sombreros de encajes
por el espacio se vén,
y sus rizados plumajes
el aire cruzan también.

Y todo es ruido, contento



—26—

todo placer y alegría
hasta que muere el contento
con la luz del nuevo día.

—
Yá el sol alumbra; dormidos
mira el astro á los soldados
embargados los sentidos
y de la orgía cansados.

A Urbieta se vé velár
pensativo y caviloso,
que al mancebo generoso
aun algo debe faltár.

VI.

EL CORAZON DE UN HÉROE.

En la suntuosa Cartuja
magnífico monasterio
que los Visconti elevaron
para orgullo de su tiempo.

Ruido mundano se escucha
confundido entre los rezos
que los religiosos monges
elevan al Dios del cielo.

Caballeros de Castilla
italianos y flamencos
cruzan por las galerías

—27—

que llevan al grave templo.

En el se vé al rey Francisco
al ilustre y régio preso
y á los bravos generales
que con su rey se rindieron.

A los franceses rodean
los más nobles caballeros
que las damas castellanas
admiraron en tornéos.

Mas parece el rey de Francia
que cautivo ó prisionero
monarca que vá seguido
de sus vasallos y deudos.

Corteses los españoles
cual cumple á sus nobles pechos
no ven más que un soberano
en el cautivo que hicieron.

Y como á propio monarca
le rinden cortés respeto
y en la Cartuja agasajan
á su prisionero régio.

—
Por encargo del francés
y para honrar á sus tercios
viene el marqués de Pescara
acompañando á un mancebo.

Y llevándolo hasta el rey
que allí esperaba al guerrero

el noble marqués se aparta
con los demás caballeros.

Alza el monarca al soldado
que estaba hincado en el suelo
tranquilo como lo está
el que obra siempre cual bueno.

Valiente Urbíeta, le dice
aquel rey caballeresco
al respetuoso español
de quien fué su prisionero.

Tu valor y tu prudencia
merecen honroso premio
y el rey de Francia te llama
para honrarte con su afecto.

Dime el galardón ó gloria
que mas llena tu deseo
para pedirlo por tí
al emperador escelso.

Gracias Señor, que ya honrado
con demasia me veo
aunque pediros quisiera
un objeto que no tengo.

¿Que te falta bravo jóven
para sonreír contento?

Señor, necesito un padre
que me han quitado los vuestros;
un capitán valeroso
sin cuya presencia muero.

Y una vez que me otorgals
honra que yo no merezco
sabad señor, que vos mismo
tenels lo que yó deseo.

Hugo Moncada mi jefe
en *Voragine* fué preso,
y su libertad os pido
si pediros algo debo.

Con peticion tan honrada
el rey se quedó suspenso,
y los nobles españoles
orgullo y placer sintieron.

Y solo el lugar sagrado
que inspira santo respeto
y la presencia del rey
al que dá acatamiento
impide á los generales
mostrar su júbilo inmenso
por las palabras tan nobles
que del guipuzcoano oyeron.

Y el rey francés al que inflama
lo grande y caballeresco
al escuchar al soldado
dijo con sentido acento.

Noble mancebo, bien muestras
la hidalguía de tu pecho
y lo hermoso de tu alma
con tan generoso ruego.



—30—

La libertad á D. Hugo
á devolverla me ofrezco,
que bien merece estar libre
quien hizo tal caballero.

Y vosotros españoles
que ois silenciosos esto,
decid al emperador
que si honra ganan sus tercios
en la lid donde sacuden
vencedor el fuerte acero,
en generosos arranques
ganan mas honroso premio.

Leve murmullo se eleva
en el magestuoso templo
al oír al soberano
y al oscuro aventurero.

Y si cautivó á los nobles
la conducta del mancebo
con el elogio del rey
hondo placer recibieron.

Y Urbieta ya gozoso
tranquilo y satisfecho
latir oye su pecho
huir su pecho vé.

Híncada la rodilla
en dura y fría grada
á Dios en su morada

—31—

le pide aliento y fé.

Del templo triste y solo
las bóvedas resuenan
y místicas se llenan
con voces de metal.

Y allí nuestro héroe queda
á Dios contrito orando,
y el órgano vibrando
con voz sentimental.

CONCLUSION.

Desde aquel día de gloria
Joanes de Urbieta gravó
su oscuro nombre en la historia
y su hazaña en la memoria
de los guerreros quedó.

Honrado cual merecía
por su prudencia y valor
le dispensó gran favor
y premió su bizaría
el escelso emperador.

De Santiago caballero
y dueño de ricos bienes
tornó el bravo aventurero
á pisar el suelo ibero,





con sus ganados laureles.

Y cuando hubo envejecido
yá cansado de lidiar,
posó su vuelo en el nido
donde concibió atrevido
su porvenir el varfár.

Venturoso allí vivió
el renombrado doncéi
hasta que viejo murió
y su apellido dejó
en escudo y en cuartél.

Si acaso un día lector
de Hernánizás á la villa
mirarás tumba sencilla
allá en su iglesia mayor.

De Urbleta restos mortales
aprisiona aquella fosa
en cuya marmórea losa
se ven armas imperiales.

FIN DE JOANES DE URBIETA.